Fernando de los Ríos. Un intelectual en el PSOE
RUIZ-MANJÓN, Octavio
Madrid, Síntesis, 2007, 511 págs.

No puede decirse que, en sentido propio, Fernando de los Ríos tuviera una pasión singular por Granada. Al contrario que su amigo Manuel de Falla, que pudiendo elegir cualquier lugar del mundo para vivir —que podía hacerlo—, optó por el carmen de La Antequeruela, para Fernando de los Ríos Granada fue una penosa carga que no siempre sobrellevó bien y de la que trató de librarse por cuantos medios tuvo a su alcance. Sin embargo, en la forma en que ahora lo hace, Fernando de los Ríos se hubiera sentido feliz de este retorno, porque la biografía que acaba de llegar a las librerías granadinas, y de todos los lugares, claro, es de las que le reconcilian a uno con el género y la que a él, tan meticuloso y apasionado del rigor, seguramente le hubiera gustado de sí mismo.

En sentido estricto, se trata de una biografía, con todo lo que el género tiene que incluir y todo lo que debe dejar fuera. No es una biografía política, al menos no es sólo una biografía política. No es un ensayo sobre el personaje, sobre el periodo en que le tocó vivir y sobre la incidencia que tuvo en la misma. No es una investigación en la que los datos sobre la persona no sean otra cosa que el pretexto para hacer una indagación general sobre una época, una forma de pensar, un partido o una institución. No es nada de eso a lo que, tan lamentable como frecuentemente, nos ha acostumbrado el género, influido aún, más de lo que se confiesa, por la huida de los personalismos en la indagación histórica, como si ésta fuera el resultado de fuerzas, endógenas o exógenas, que conducen hacia una meta o un fin previamente establecido y

en donde las personas no fueran la causa, el concierto, sino el instrumento. Y no es un libro en el que uno tenga que buscar las fechas como quien sale de caza, sino que es la cronología la que conduce el argumento y preside el desarrollo de la acción.

Esto es lo que no es, pero ¿qué es? Pues una biografía hecha desde el propio personaje, atenta a la evolución de su pensamiento, de su mundo interior, de sus relaciones familiares, de su experiencia vital, de sus incertidumbres y sus dudas, de sus luchas, sus preocupaciones y sus lealtades. Una biografía en la que el ambiente político en el que se desenvolvió el biografiado, no se aborda más que para comprender las coordenadas vitales del mismo, que son el hilo conductor de la obra. Una biografía que, finalmente y como dijo Vargas Llosa acerca de *Cien años de soledad*, además de estar narrada verticalmente, siguiendo la cronología, lo está horizontalmente. Ahora bien, esa lectura u horizontalidad temática la tiene que construir el lector, en un trabajo que, dicho sea de paso, no requiere un especial esfuerzo intelectual.

Su autor, un cordobés que pasó por Madrid, por Nueva York y estuvo en Granada ocho años, para recalar de nuevo en la capital de España que, como para Fernando de los Ríos, se puede decir fue siempre su objetivo. Me estoy refiriendo a Octavio Ruiz-Manjón, que nunca ha perdido del todo el contacto con Granada, que inevitablemente quedó contaminado de un cierto granadinismo ejerciente en el exterior y que, de su estancia en esta Universidad, se llevó el proyecto que ahora, algunos años más tarde, ha visto la luz en la editorial Síntesis con un título esperado: *Fernando de los Ríos. Un intelectual en el PSOE*.

¿Por qué una nueva biografía de Fernando de los Ríos? Esta es una necesaria pregunta por cuanto don Fernando ha sido ya objeto de varios estudios de carácter biográfico elaborados, sobre todo, por Virgilio Zapatero que, además de la edición de parte de sus escritos, ha llevado a cabo la redacción y publicación de sendos trabajos sobre el político socialista: *Fernando de los Ríos, los problemas del socialismo democrático* (1974) y *Fernando de los Ríos. Biografía intelectual* (1999).

La primera respuesta es, porque sí. Quiero decir que cada historiador tiene derecho a replantearse los acontecimientos, las épocas y los personajes, desde su propia perspectiva y analizar su intencionalidad desde una óptica tanto temporal como ideológica apropiada. La segunda, que el personaje requería una biografía de esta naturaleza, que llevara implícito un excepcional esfuerzo de revisión y de investigación, con la exhaustividad cronológica antes mencionada y con la revisión de toda su producción intelectual para fijar su pensamiento e inventariar su obra, a la que el autor ha podido incorporar hasta cien títulos nuevos. La tercera, en fin, es que a los fondos tradicionalmente conocidos del Archivo de la Residencia de Estudiantes (los de su domicilio

de Nueva York) y del Archivo de Salamanca (los expoliados de su domicilio de Madrid), se han unido otros ubicados en la Real Academia de la Historia, las Fundaciones Ortega y Gasset, Indalecio Prieto y Pablo Iglesias, las Universidades Complutense y de Salamanca, del Ministerio de Asuntos Exteriores, de la Institución Libre de Enseñanza y del Archivo General de la Administración. En Granada han sido particularmente útiles al autor el archivo de la Universidad, el de Manuel de Falla y la Hemeroteca de la Casa de los Tiros, con cuyo promotor, Antonio Gallego Morell, los historiadores de Granada tenemos una impagable deuda intelectual. El propio autor de este trabajo reconoce que nada habría podido sustituir el hueco que representaba la consulta de los periódicos granadinos. Por ahí, realmente, hemos empezado casi todos, con la consulta de esos magníficos fondos y la inestimable ayuda solitaria de Antonio Manjón-Cabeza, primero, y de Paco González de la Oliva y su gente, después.

Posiblemente nadie con más afecto que Alvin Jonson, presidente emérito de la New School for Social Research de Nueva York, ha definido a Fernando de los Ríos cuando, con motivo de su fallecimiento, señalaba que «fue uno de los pocos grandes hombres de nuestro tiempo» y añadía en tono más familiar: «nadie que no fuese un borrico podía conocerle sin darse cuenta de lo grande era». Por su parte, el institucionista Luis de Zulueta, afirmó: «Quizá mañana el nombre de Fernando de los Ríos, personificación del socialismo humanista, no aparezca como el del último representante de un mundo que se fue sino como el precursor de un mundo que nace».

Sería infinita la lista de valoraciones posibles. También las críticas sobre su supuesta «pedantería», salidas nada menos que del pérfido Manuel Azaña o del astuto conde de Romanones. Ni este es el momento ni hay espacio para ello, pero las arriba citadas permiten apuntar la talla personal de Fernando de los Ríos, su importancia para la época en la que vivió y su contribución a la construcción de un socialismo que, como apuntaba Zulueta, tenía mucho más que ver con el futuro que con el pasado, incluyendo en ese pasado desde Carlos Marx hasta Lenin y desde Pablo Iglesias a Largo Caballero. Aunque nada le obligaba a exculpar a Pablo Iglesias de la amenaza de muerte que, en su debut parlamentario, pronunció el fundador del PSOE contra Antonio Maura.

Fernando de los Ríos sería el impulsor de un «socialismo humanista», como él mismo lo definió en una de sus más importantes publicaciones, orientado hacia la superación de la visión exclusivamente económica de las necesidades del ser humano. En realidad, esto no era lo más importante; sí lo era la orientación del Partido en una dirección democrática que muchos, antes y después de la guerra, no se mostraban dispuestos a aceptar. Por eso se entendió tan bien con Julián Besteiro, algo menos con el pragmático Indalecio Prieto, con quien terminó resolviendo sus diferencias, y casi nada con Largo Caba-

llero, el «Lenin español», aunque desde una clara posición de respeto mutuo. En todo caso, sus distanciamientos nunca fueron insuperables y De los Ríos permaneció fiel a su compromiso con el socialismo, con la República y con la democracia, siempre que su ayuda fue requerida.

Fernando de los Ríos, catedrático de derecho político de la Universidad de Granada desde 1911 y de la de Madrid desde 1930, diputado en dos ocasiones antes de la Dictadura de Primo de Rivera y en tres durante la República, ministro en tres departamentos distintos durante el bienio social-azañista, embajador en Washington durante la guerra civil, ministro del gobierno en el exilio, masón, miembro de la Institución Libre de Enseñanza –era sobrino de don Francisco Giner— y discreto cantaor, capaz de arrancarse por medias granaínas «por bajinis» cuando las circunstancias eran adecuadas, articulista incansable y conferenciante incombustible…, en fin, las lecturas horizontales son tan interminables como sorprendentes.

Me gustaría fijarme en algunas de estas lecturas que sugiere el libro de Ruiz-Manjón. En primer lugar, la vinculación de Fernando de los Ríos con la Institución Libre de Enseñanza, vinculación lógica si se tiene en cuenta su parentesco con el fundador de la misma, don Francisco Giner de los Ríos. En la Institución aprendió el joven Fernando de los Ríos un absoluto respeto a la libertad de conciencia y a la libertad de cátedra.

Con estos antecedentes, resulta lógico y atractivo en una lectura del libro realizada desde Granada, que el autor indague sobre la tradición krausista en esta ciudad, donde estudiaron Francisco Giner de los Ríos, Nicolás Salmerón. En las aulas de su Universidad impartieron docencia, además, institucionistas como José Fernández Jiménez, Francisco Fernández y González Manuel Torres Campos, Jerónimo Vida y Pablo de Azcárate; en Granada ejerció su labor profesional Luís de Rute como ingeniero y en Granada nació alguien tan importante en la formación de la Institución Libre de Enseñanza como Juan Facundo Riaño, inspirador, desde la pedagogía británica, del amor por la naturaleza en la vida de la Institución. La Universidad de Granada contaba pues con una larga tradición de profesores krausistas e institucionistas y esa influencia se vio reforzada cuando en 1911 se incorporó a la misma Fernando de los Ríos, con 31 años, como flamante catedrático de Derecho Político.

Una segunda cuestión que permite una nueva lectura horizontal es la relación de Fernando de los Ríos con Granada, una relación que, a tenor de la investigación realizada por Ruiz-Manjón resultó ciertamente difícil para él. Desde luego, esto no es una historia de Granada. Ni Fernando de los Ríos era granadino ni en Granada tuvo puesto su objetivo pese a su permanencia profesoral de casi veinte años. Sin embargo, el libro rezuma granadinismo en gran parte de sus páginas, porque aquí desarrolló don Fernando su vida profesional, aquí inició su vida política, aquí consolidó a su familia y aquí esta-

bleció unas relaciones de amistad muy estudiadas con algunas personas como Manuel de Falla y Federico García Lorca y otras que lo han sido menos como la mantenida con los hermanos Rodríguez-Acosta o Juan José Santa Cruz.

De su labor literaria, destaca en el libro de Ruiz-Manjón, porque así ocurrió en la vida real, la ingente labor divulgadora que Fernando de los Ríos ejerció como articulista, principalmente a través de dos medios, *El Sol* y *El Socialista*, en los que muestra de manera permanente su compromiso con los valores del obrerismo y del socialismo. La presencia en el segundo es lógica si se tiene en cuenta su militancia partidista. En el primero, deriva de su relación con Ortega y Gasset, su amigo y mentor, ya que desde la aparición del periódico en diciembre de 1917 la firma de Fernando de los Ríos fue permanente, como encargado de la sección de Derecho y Legislación dentro del mismo. *El Sol* prestó particular atención a los problemas de Granada, posiblemente inspirada por Fernando de los Ríos. También pudo estarlo por Manuel Rodríguez-Acosta, sobre todo en los primeros tiempos, si se tiene en cuenta que éste era de los más interesados en la política granadina de aquellos y que había participado con Nicolás María de Urgoiti en la fundación de *El Sol* como accionista del periódico. En cualquier caso, lo cierto es que la presencia de Fernando de los Ríos en éste y en otros medios de comunicación fue tan fuerte y tan constante, que Ruiz-Manjón ha llegado a añadir más de 150 colaboraciones nuevas a la bibliografía hasta ahora conocida de Fernando de los Ríos, en un descomunal trabajo, como puede fácilmente suponerse, de revisión hemerográfica. Y es que la prensa fue para Fernando de los Ríos su medio natural de expresión y *El Sol* su instrumento preferente a lo largo de toda la vida del periódico.

La aludida relación con José Ortega y Gasset fue lo suficientemente estrecha como para que en el libro de Ruiz-Manjón sea también frecuente la presencia del filósofo. Ello da pie para que sea posible seguir la pista a la relación de Ortega con Granada. Desde el truculento episodio en el que don José y don Fernando fueron víctimas de su propia ingenuidad al creer que Natalio Rivas iba a ceder al primero uno de los dos distritos que controlaba, el de Albuñol, en las elecciones de 1916, al reintento de conseguirlo por Baza en 1918 o a su presencia como conferenciante en Granada en 1924. No fue De los Ríos el único amigo de Ortega en Granada; también cultivaron aquella relación el pintor José María Rodríguez-Acosta y el ingeniero Juan José Santa Cruz, formando todos ellos una compleja cuadratura política muy acorde con los postulados abiertos del filósofo.

Igualmente resulta sorprendente la ingente labor que como conferenciante desempeñó Fernando de los Ríos a lo largo de toda su vida, tanto en España como en el extranjero (Estados Unidos, México, Cuba, Argentina…) hasta el punto de llegar a temer que las autoridades académicas le retiraran su cátedra

en Granada por atender con preferencia este otro género de divulgación científica e ideológica. Azaña, que tildó a De los Ríos de haberse movido más en el campo de las generalidades filosóficas e históricas que en el ámbito eminente de la política, afirmó también que su tono era siempre «más de conferenciante que de político».

Y ahora, cuando no es infrecuente encontrarse con auditorios de media docena de personas, sorprende particularmente que en Madrid y en Granada se cobrara la entrada para asistir a sus intervenciones y que en México o en La Habana hubiera que recurrir a darlas en estadios deportivos, como si de una presencia de los Rolling se tratara. Valga un ejemplo: cuando Fernando de los Ríos regresó en 1927 de uno de sus periplos americanos, el Ateneo de Granada organizó dos conferencias, 23 y 24 de mayo, para que don Fernando hablara de su viaje por aquellas tierras, un tema que se supone no debía resultar estelar. Pues bien, la demanda fue tal que el conferenciante las tuvo que impartir en el teatro Cervantes y los enfervorizados asistentes tuvieron que pagar «una pequeña cuota», es decir una entrada, para poder asistir a las mismas. Una situación ahora inimaginable. Claro que los conferenciantes actuales no alcanzan el nivel de don Fernando, ni su mensaje entonces tenía la carga de trascendencia de los de ahora, ni tenía que competir, entre otros, con los Rolling.

Curiosamente, la que fue profesionalmente su principal actividad, la de profesor, es la que en el libro de Ruiz-Manjón aparece de manera menos intensa, seguramente porque así la consideró el propio Fernando de los Ríos. Tras ganar las oposiciones a la Facultad de Derecho de la Universidad de Granada en febrero de 1911, De los Ríos intentó demorar su incorporación a esta Universidad cuanto pudo y permanecer en Madrid que es el lugar que según el autor, llenaba sus ilusiones y donde, además, residía su novia. Se incorporó al comenzar el curso siguiente, septiembre de 1911, lo mismo que hizo su ya esposa, Gloria Giner de los Ríos, tras contraer matrimonio el 1 de julio del año siguiente. Pero él consideró siempre a Granada como «un bellísimo agujero» y su corazón y su cabeza siempre estuvieron puestos en Madrid.

Ejerció la docencia Fernando de los Ríos en la Universidad de Granada hasta que el 18 de marzo de 1928 renunció a su cátedra en solidaridad con Joaquín García Labella, catedrático granadino de la Universidad de Santiago, represaliado por la dictadura de Primo de Rivera, lo mismo que hicieron Ortega y Gasset y Alfonso García Valdecasas, entre otros, lo que le valió convertirse en adalid de los elementos más contestatarios de la Universidad granadina. La recuperó, en 1930, durante el gobierno del general Berenguer, pero aquel mismo año se presentó como único aspirante a una cátedra de su especialidad en la Universidad Central, momento en el que quedaron ya rotos definitivamente sus lazos profesionales con la Universidad granadina.

La relación de Fernando de los Ríos con Granada es extremadamente contradictoria como se demuestra en esta carta a su esposa que reproduce Ruiz-Manjón: «Es para mí hace años una obsesión el sacarte de ese medio donde tantas alegrías hemos tenido y de esa ciudad a la que tan enorme cariño, gratitud y admiración nos une pero en cuyo mezquino ambiente espiritual es peligrosísimo formarse, porque achica, empobrece, recorta el horizonte. ¡Es triste ese contraste profundo de ciudades como Granada!; yo sé que me acordaré de ella toda la vida y que a ella me sentiré ya unido siempre; pero la mezquindad cotidiana es temible». Más claro no se puede decir. Sin embargo, Fernando de los Ríos, que había sido presidente del Centro Artístico, presidente del Ateneo y amigo de mucha gente en Granada, progresistas y no tanto, siguió recurriendo electoralmente a Granada y ésta delegó en él su representación política durante las tres legislaturas de la II República.

El lector se queda con ganas de saber algo más acerca de qué es lo que enseñaba Fernando de los Ríos desde su cátedra universitaria. Sí el sentido de su pedagogía: dialogante, democrática, libre, participativa, social, obrerista. Sabemos por el testimonio de algunos de sus alumnos —José Prat— que nos transmite Ruiz-Manjón, que inspiraba un cierto temor a los estudiantes, que era difícil aprobar su materia, pero que era un profesor de gran prestigio entre los alumnos de la Facultad. El autor ha sacado, en fin, el jugo que ha podido a este y a otros testimonios de Domíguez Berruela, de Rodríguez López-Neyra y de Francisco García Lorca, pero esta visión profesoral se hubiera visto redondeada con el análisis del contenido de los programas de su asignatura que, aunque no sean una referencia inequívoca del sentido que De los Ríos trataba de dar a la misma, de haber estado disponibles, en su archivo personal o en el de la Universidad, podrían ayudar al lector a profundizar en el ámbito de la libertad de cátedra que tanto defendieron los institucionistas y al que firmemente se aferró durante toda su existencia el profesor De los Ríos.

Lo mismo que defendió terca y obstinadamente, que una cosa eran sus enseñanzas en el seno de la Universidad y otra muy distinta, de la que no tenía que dar explicación a las autoridades académicas, el mensaje que a sus lectores y oyentes pudiera transmitir como articulista o como conferenciante. En algunas ocasiones los responsables de la Universidad no lo entendieron así y mucho menos lo entendió el Gobierno de Primo de Rivera, que intentó tomar revancha en su carrera académica por las intervenciones que, en otros ámbitos, desarrollaba el incómodo profesor granadino.

El último aspecto al que querría referirme es el de su compromiso, titubeante tanto al principio como al final, con el Partido Socialista Obrero Español. Podría decirse que desde aquel artículo exculpatorio de la amenaza de Pablo Iglesias contra Antonio Maura, Fernando de los Ríos estaba predestinado a esa militancia. Luego colaboró con el movimiento «Escuela Nueva» que

trataba de establecer puentes entre el Partido Socialista y el mundo intelectual, habló sobre el movimiento socialista en el Ateneo de Madrid, aplicó en su vida académica lo que él llamaba pedagogía social, participó en la Liga Española de Educación Política promovida por Ortega y fue profundizando cada vez más en su compromiso con el mundo obrero, reafirmado a partir de la primera entrevista que tuvo con Pablo Iglesias el 4 de agosto de 1917. Sabemos muy bien cómo se fue desarrollando ese compromiso durante su estancia en Granada a través de su colaboración con la Casa del Pueblo y de las gestiones para mejorar sus instalaciones. Más importante es su participación en aquel movimiento denominado «Solidaridad Granadina», una extraña alianza contra el caciquismo, en la que Fernando de los Ríos participó con dos compañeros de viaje insólitos: Manuel Rodríguez-Acosta y Pascual Nacher, bien tratada por Ruiz-Manjón. El fracaso en aquel proyecto, al que De los Ríos acudió como independiente, le hizo ver que por ese camino no iba a ningún sitio y en las elecciones del año siguiente, 1919, lo hizo ya bajo la disciplina del PSOE, consiguiendo por vez primera representar al distrito de Granada en el Congreso de Diputados.

Fernando de los Ríos aportaba al Partido Socialista un componente intelectual que hasta ese momento era manifiestamente débil y su origen institucionista dio al socialismo un componente humanista que iba más allá de la militancia política para entrar en el campo de la pedagogía social, tan afín –afirma Ruiz-Manjón— a sus orígenes institucionistas.

La firme defensa de sus argumentos en el Congreso del PSOE celebrado en abril de 1921 y la siguiente publicación de su libro *Viaje a la Rusia Sovietista* fueron decisivo para mantener al Partido Socialista fuera de la III Internacional. Se opuso firmemente a la dictadura del general Primo de Rivera, lo que le valió un expediente en la Universidad de Granada. Criticó duramente la incorporación de Francisco Largo Caballero al Consejo de Estado. Aunque fue defensor durante toda su vida del republicanismo, no participó en el Pacto de San Sebastián, posiblemente porque no tuvo oportunidad para ello. Sí lo hizo en el Comité Revolucionario que proclamó la II República tras aquellas extrañas elecciones municipales y que de la noche a la mañana se hizo cargo de un sistema político que, en opinión del propio De los Ríos, según algún testimonio contemporáneo, estaba aún a dos años de su posible triunfo.

El año 1931 marca para Fernando de los Ríos el comienzo del ejercicio de su actividad política oficial con el nombramiento de su primer cargo ministerial. También ese momento marca en el libro un nuevo ritmo apreciable por el lector. Hasta entonces, su biografía discurre por un camino meticuloso, detallista, bastante académico y, desde 1919, bajo la disciplinada influencia del Partido Socialista. El protagonismo que De los Ríos alcanza con la proclamación de la II República hace que su propia trayectoria, al menos como Ruiz-

Manjón nos la ha transmitido, se vuelva más amena e interesante, pero también menos detallosa y mucho más ágil. Es decir, el pulso narrativo gana a medida que madura el personaje, salpicado, además, por los comentarios del pérfido Azaña o del astuto conde de Romanones, que nunca dejaron de mirar con un cierto desdén a aquel atildado librepensador «erasmista». Fue entonces ministro de Justicia, de Instrucción Pública y de Estado y diputado por Granada en las elecciones de 1931, 1932 y 1936. En septiembre de aquel año fue designado embajador de la República Española en Washington, cargo que, con ardor pero con poca eficacia práctica, desempeñó hasta finales de marzo de 1939, cuando hizo entrega de la representación española al embajador de Colombia y al encargado de negocios de México que actuaron como intermediarios. Fue contratado entonces como profesor de la New School for Social Research en Nueva York, siguió dando conferencias por el mundo, fue condenado a treinta años por el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y del Comunismo y fue ministro de Estado en el gobierno en el exilio que formó José Giral. Poco antes, en una fecha tan simbólica como el 14 de abril de 1940, había dejado de considerarse afiliado al Partido Socialista, al que creía deshecho y sin la posibilidad de una reorganización desde el exterior, porque su fisonomía se había desfigurado después de que «la inundación de sus cuadros y la rebeldía de las Juventudes dieran con él en tierra y lo sepultaran».

En fin, 500 páginas dan para mucho, y eso que por las características de la colección no se han podido incorporar notas documentales o aclaratorias que, desde un punto de vista erudito, hubieran redondeado la edición, pero tan aparentemente elevado número de páginas no termina resultando tan abultado para lo que desde el punto de vista histórico y metodológico viene a representar este trabajo biográfico, excepcional y oportuno, sobre este rondeño, granadino, madrileño, neoyorkino y universal, que fue a morirse junto a las verdes praderas del cementerio neoyorkino de Kensico, como se nos cuenta en las páginas que sirven de pórtico y conclusión de esta excelente biografía que nos ofrece el profesor Ruiz-Manjón. Nunca puede decirse que un trabajo biográfico es definitivo, pero éste, por la profunda revisión que se ha hecho de la literatura del personaje y sobre el personaje, por la originalidad y amplitud de la documentación utilizada, por el rigor historiográfico que metodológicamente se ha utilizado y por el enorme respeto, sin prejuicios, con el que el autor se ha aproximado al biografiado, es de los que tardarán mucho tiempo en contar con una alternativa tan solvente y atractiva.

MANUEL TITOS MARTÍNEZ